

"QUIÉN MERECE VIVIR": LA NECROPOLÍTICA SANITARIA DE LA EXTREMA DERECHA GLOBAL

Marcela Belardo

CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS / INSTITUTO DE ESTUDIOS SOCIALES EN CONTEXTO DE DESIGUALDADES – UNIVERSIDAD NACIONAL DE JOSÉ C. PÁZ / UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (CONICET / IESCODE-UNPAZ / UBA).

Licenciada en Ciencia Política y Doctora en Ciencias Sociales (UBA), con Maestría en Epidemiología, Gestión y Políticas de Salud (UNLa). Realizó un posdoctorado en el Instituto de Medicina Social de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (IMS-UERJ), Brasil. Profesora de Teoría del Estado en la Facultad de Derecho (UBA) y Profesora Titular de Historia de la Salud Argentina y Latinoamericana en la carrera de Medicina (UNPAZ). Sus investigaciones abordan la salud internacional y las políticas sanitarias en la intersección con el conocimiento científico y la historia desde la perspectiva de la Medicina Social Latinoamericana y la Salud Colectiva.

E-Mail: marcelabelardo@yahoo.com.ar / mbelardo@derecho.uba.ar

ORCID: 0000-0001-9032-3919

Recibido: 15 de octubre 2025

Aceptado: 30 de noviembre 2025

RESUMEN

El artículo analiza cómo los movimientos de extrema derecha contemporánea están transformando el campo de la salud en un espacio de disputa política donde se redefine quién merece vivir, en qué condiciones y quiénes son sacrificables. A través del examen de casos como Trump, Bolsonaro, Meloni y Milei, se demuestra que estos proyectos políticos van más allá de simples recortes presupuestarios: implementan una reconfiguración ideológica que naturaliza la exclusión sanitaria mediante la aplicación de principios darwinistas sociales y una necropolítica sanitaria.

Para sustentar esta naturalización de la exclusión, la extrema derecha establece qué constituye conocimiento científico válido. El artículo identifica tres mecanismos articulados mediante los cuales convierte a la ciencia en un campo de batalla: la producción de marcos pseudocientíficos (como la teoría del "gran reemplazo"), la deslegitimación selectiva del

conocimiento establecido (ejemplificada en el concepto de "ideología de género"), y la implementación de una necropolítica sanitaria que presenta la mortalidad evitable como resultado de la "selección natural".

El trabajo concluye que este proyecto, aunque poderoso, no es inexorable y puede ser impugnado y disputado mediante la reconstrucción de la solidaridad como principio ético que ponga la vida digna en el centro de la organización social.

Palabras clave: extrema derecha - necropolítica sanitaria- hegemonía, exclusión sanitaria

ABSTRACT

The article analyzes how contemporary far-right movements are transforming the health sector into a contested political arena where the boundaries of who deserves to live, under what conditions, and who is deemed expendable are being redefined. Through the examination of cases such as Trump, Bolsonaro, Meloni, and Milei, it demonstrates that these political projects go beyond mere budgetary cuts: they implement an ideological reconfiguration that naturalizes health exclusion through the application of social Darwinist principles and health-related necropolitics.

To sustain this naturalization of exclusion, the far right defines what constitutes valid scientific knowledge. The article identifies three interrelated mechanisms through which science is turned into a battleground: the production of pseudoscientific frameworks (such as the "Great Replacement" theory); the selective delegitimization of established knowledge (exemplified in the notion of "gender ideology"); and the implementation of a health-related necropolitics that frames preventable mortality as the outcome of "natural selection."

This project can be resisted through the reaffirmation of solidarity as an ethical principle that reorients social organization around the collective right to live with dignity.

Keywords: far right - collective health – necropolitics – hegemony – health exclusion

INTRODUCCIÓN

En marzo de 2020, mientras el mundo se encerraba para contener una pandemia que amenazaba con colapsar los sistemas sanitarios, Donald Trump tuiteaba que "la cura no puede ser peor que la enfermedad", dejando en claro que su preocupación no era la salud pública sino el costo económico de las medidas sanitarias (*New York Times*, 23 de marzo

2020). Al mismo tiempo, en Brasil, Jair Bolsonaro calificaba al COVID-19 como una "gripecita" (*O Globo*, 20 de marzo 2020) mientras promovía medicamentos sin eficacia probada como la cloroquina. En Argentina, apenas dos años más tarde, un diputado que llegaría a la presidencia [Javier Milei] votaría contra una ley para detectar cardiopatías congénitas en recién nacidos argumentando que "el Estado no debe intervenir" (*Perfil*, 30 de noviembre de 2022).

No son decisiones aisladas ni errores sino expresiones coherentes de un proyecto político que trasciende contextos y fronteras. A través de estas afirmaciones —aparentemente dispersas— se pone en juego un modo de concebir la salud que delimita quién merece vivir y quién, en cambio, puede ser sacrificado. La salud, lejos de ser un ámbito técnico neutral, aparece como un campo de disputa donde chocan concepciones antagónicas sobre la reproducción social y la gestión de los cuerpos y las poblaciones.

Para comprender estos cambios es necesario contextualizar históricamente la evolución de los sistemas de salud pública. En la segunda posguerra mundial, el campo sanitario se expandió de manera sin precedentes en favor del derecho universal a la salud. El Sistema Nacional de Salud británico (NHS), establecido en 1948, se convirtió en el modelo inspirador que llevó a numerosos países de occidente a ampliar significativamente sus sistemas sanitarios públicos (Arce, 2010). Esta expansión respondía a múltiples factores convergentes: el fracaso del liberalismo clásico donde la salud había sido privilegio de unos pocos, la experiencia traumática del fascismo y la guerra mundial, y la competencia política-ideológica con la Unión Soviética, cuyo modelo de "medicina socializada", establecido en numerosos países socialistas, representaba un desafío directo al orden capitalista. La Declaración de Alma-Ata, aquel documento histórico aprobado en 1978 durante la Conferencia Internacional sobre Atención Primaria de Salud, organizada por la Organización Mundial de la Salud (OMS) y el UNICEF en Alma-Ata (entonces parte de la Unión Soviética, hoy Almaty, Kazajistán) constituyó un hito fundamental en este proceso, estableciendo como meta la "Salud para Todos en el año 2000" y consagrando la atención primaria de salud como estrategia central. Sin embargo, este impulso universalista comenzó a revertirse sistemáticamente a partir de la década de 1990. Los programas de ajuste estructural, los recortes presupuestarios, los procesos de privatización y mercantilización fueron implementados gradualmente, inicialmente por partidos de derecha tradicional y posteriormente adoptados incluso por la socialdemocracia adaptada a la lógica neoliberal. El discurso de las "asociaciones público-privadas" se normalizó como eufemismo para la transferencia de recursos públicos al sector privado.

La extrema derecha contemporánea en el poder no se limita a prolongar los recortes presupuestarios y el retroceso de las políticas sociales heredados de partidos tradicionales; su proyecto implica además una reconfiguración cualitativa: instaurar un paradigma ideológico que convierte la supervivencia individual en principio organizador de la vida social. Su proyecto, fundado en una versión política de la "ley del más fuerte" y expuesto sin disimulos ni eufemismos, pretende naturalizar la desigualdad como un orden legítimo y deseable, modificando el sentido común sobre quién merece vivir y bajo qué condiciones.

Pese a defender modelos económicos diferentes según el contexto nacional en el que actúan —no es lo mismo Estados Unidos que Argentina—, las extremas derechas contemporáneas mantienen en el plano sociocultural una unidad teórica notable. Como señala Forti (2022), nos enfrentamos a una "extrema derecha 2.0" que ha logrado desplazarse desde los márgenes hacia el centro de la escena política mediante el uso intensivo de los medios digitales de comunicación para globalizar su discurso. La nueva extrema derecha construye discursos sencillos e impactantes a través de supuestos medios "alternativos" en redes sociales, produce "fake news" que polarizan la sociedad, y desarrolla lo que Forti denomina *rojipardismo*: un espectro que fagocita principios descontextualizados de la izquierda —incorporando conceptos como "social" o "pueblo", así como críticas a la globalización o los bancos— mientras mantiene valores como la soberanía y la exaltación patriótica.

A estas estrategias identificadas por Forti, podemos sumar otras tres igualmente relevantes: la *provocación estratégica* mediante declaraciones calculadamente polémicas que desafían lo "políticamente correcto" para instalar temas en la agenda pública y desplazar los límites del discurso aceptable (Delle Donne, 2021). La difusión de *teorías conspirativas* que deslegitiman las fuentes tradicionales de conocimiento (ciencia, universidades, organismos internacionales) presentando "verdades ocultas" que solo ellos revelan; y la apelación a un supuesto *sentido común perdido* al naturalizar visiones autoritarias y excluyentes presentándolas como obviedades tradicionales que la corrección política habría censurado.

El crecimiento y ascenso al poder de la extrema derecha en múltiples países no puede explicarse únicamente por sus estrategias comunicacionales: sus raíces se encuentran en las transformaciones estructurales del capitalismo contemporáneo (Fraser, 2019; Traverso, 2018). La crisis financiera global de 2008 marcó un punto de inflexión decisivo. Los rescates bancarios, que transfirieron masivamente recursos públicos al sector financiero privado, se

combinaron con programas de austeridad que redujeron drásticamente el gasto social. La inflación, el desempleo masivo y la precarización laboral reinstalaron condiciones de vida que en los países centrales se creían superadas. La pandemia de COVID-19 constituyó un segundo shock planetario que profundizó esas tendencias: los confinamientos afectaron desproporcionadamente a los sectores populares, mientras que los programas de apoyo estatal beneficiaron sobre todo a las grandes corporaciones. El resultado fue una concentración extraordinaria de riqueza junto con un deterioro masivo de las condiciones de vida de la mayoría. Este proceso es visible en cualquier gran metrópolis, tanto en países centrales como periféricos: aumento exponencial de personas sin hogar, desahucios masivos, pérdida de empleos formales —y con ellos de seguros de salud—, precarización de los servicios públicos básicos. Una generación solo ha conocido un escenario de deterioro progresivo y crisis recurrentes, sin experiencia de estabilidad ni de movilidad social ascendente. En este contexto, la extrema derecha canaliza el descontento social y marca el quiebre del consenso político “liberal” que había gozado de relativa estabilidad desde 1991.

La pregunta central es cómo la extrema derecha está logrando canalizar este descontento masivo hacia proyectos que, objetivamente, profundizan las causas estructurales del malestar social. Sus estrategias combinan elementos aparentemente contradictorios, pero políticamente eficaces: *identificación de chivos expiatorios*, al redirigir la frustración hacia inmigrantes, minorías étnicas, mujeres y diversidades o “élites progresistas”; *promesa de restauración*, al ofrecer narrativas nostálgicas sobre un pasado idealizado con jerarquías sociales claras, por ejemplo, Trump con su “Make America Great Again” o Milei, al reivindicar la generación de 1880 como el supuesto momento en que Argentina era potencia mundial; e *individualización de la responsabilidad*, al transformar problemas estructurales en cuestiones de responsabilidad personal, promoviendo una ética de la supervivencia que naturaliza la competencia despiadada como forma legítima de organización social. En el ámbito de la salud, la transformación promovida por la extrema derecha se inscribe en un proceso histórico previo: desde la década de 1990, muchos países de Occidente han experimentado mercantilización y privatización de los servicios sanitarios, acompañadas del deterioro de los sistemas públicos (Laurell y col. 2000; Hernández, 2010). Lo novedoso de la extrema derecha es que radicaliza esta tendencia: ya no se trata solo de recortes o deficiencia estatal, sino de una redefinición normativa del papel del Estado. Según esta racionalidad, garantizar la salud universal no le corresponde; la supervivencia es responsabilidad individual. Así, lo que antes se concebía como falla o

insuficiencia del sistema se presenta como una liberación de las “cargas” del Estado, coherente con la lógica de la ley del más fuerte.

Estas estrategias se materializan en políticas concretas que muestran un patrón global: la gestión negacionista de la pandemia por Trump (Butler, 2020), la estrategia de “inmunidad de rebaño” de Bolsonaro y Boris Johnson, las políticas reproductivas de Giorgia Meloni en Italia, el financiamiento de fundaciones privadas a organizaciones anti-género en Europa, y el desmantelamiento de políticas de cuidado impulsado por Milei. No son casos aislados, sino expresiones de un mismo proyecto político que construye “mundos de muerte”, donde ciertas poblaciones —definidas por clase, género, etnia, nacionalidad o capacidad de pago— quedan deliberadamente expuestas a morbi-mortalidad acelerada.

Para comprender este fenómeno resulta fundamental el concepto de necropolítica, acuñado por Achille Mbembe (2011) para describir el ejercicio del poder soberano a través del control de la muerte y la exposición sistemática a ella. A diferencia de la biopolítica foucaultiana —centrada en administrar y disciplinar la vida para optimizar la fuerza laboral—, la necropolítica se enfoca en la capacidad del Estado de demarcar poblaciones enteras como “sacrificables”. Esta lógica demuestra que la delimitación puede operar mediante violencia explícita o, de modo más sutil, a través de la exposición sistemática a la miseria, el hambre y la exclusión. En el ámbito sanitario, esta lógica se materializa cuando se erigen falsas dicotomías, como la que opone economía a salud pública, una retórica que implícitamente selecciona qué grupos sociales pueden ser sacrificados en aras de preservar determinados objetivos políticos o económicos. La exclusión sanitaria deja de ser una falla del sistema y se presenta como resultado inevitable de un supuesto “orden natural”, supuestamente distorsionado por décadas de intervencionismo estatal.

El análisis se organiza en dos ejes principales. Primero, se examinan los fundamentos antropológico-políticos que la extrema derecha moviliza para naturalizar la desigualdad y redefinir quienes merecen (o no) vivir. Segundo, se analiza la estrategia de convertir a la ciencia en un campo de batalla, a través de tres mecanismos articulados: la producción de pseudociencia (como la teoría del “gran reemplazo”), la deslegitimación *selectiva* del conocimiento establecido (ejemplificada en el concepto de “ideología de género”) y la aplicación de un darwinismo social que deriva en una necropolítica —entendida como el ejercicio del poder soberano que decide activamente quién puede vivir y quién debe morir, administrando la muerte de poblaciones consideradas desechables (Mbembe, 2011)— sanitaria, donde poblaciones enteras son demarcadas como prescindibles (Arendt, 1951).

LA "NATURALEZA HUMANA" COMO FUNDAMENTO DE UN ORDEN SOCIAL EXCLUYENTE

Detrás de todo proyecto político yace una concepción antropológica, una visión tácita o explícita de la "naturaleza humana". La extrema derecha ha construido su propuesta sobre los cimientos de una concepción particularmente rígida y pesimista del ser humano. Este dispositivo ideológico, que naturaliza la desigualdad y glorifica la competencia extrema, sirve para legitimar un modelo de Estado que combina una provisión social mínima con una capacidad coercitiva máxima. El análisis de este fundamento antropológico revela una operación intelectual que redefine, de manera autoritaria, la función del Estado y la convivencia social.

Los orígenes de esta concepción encuentran un eco significativo, aunque distorsionado, en la filosofía de Thomas Hobbes. En *Leviatán* (1651), Hobbes postula que la igualdad natural de las facultades humanas conduce a una situación paradójica e insoportable: al desear las mismas cosas, los individuos se ven inmersos en una dinámica de competencia, desconfianza y lucha por el reconocimiento, lo que desencadena la "guerra de todos contra todos" (*bellum omnium contra omnes*). Para conjurar este conflicto perpetuo, Hobbes argumenta a favor de un soberano absoluto —el Leviatán— cuyo monopolio de la violencia legítima asegure la vida y establezca las condiciones básicas de paz.

La extrema derecha realiza una apropiación selectiva de este legado. Acepta la descripción hobbesiana de la humanidad como inherentemente competitiva, individualista y guiada por el interés propio, pero rechaza la solución hobbesiana, al menos en lo discursivo. La clave de esta inversión radica en la fusión de esta antropología pesimista con un darwinismo social. Para la extrema derecha, el estado de naturaleza no constituye un problema a superar, sino el orden natural y legítimo donde, partiendo de una supuesta igualdad de oportunidades, la competencia determina el lugar de cada individuo. Si de allí surge la desigualdad, no se considera un problema ni una consecuencia indeseable; por el contrario, se interpreta como el resultado justo de la libre competencia, en la que los "más aptos" triunfan. Cualquier intervención estatal que busque mitigar estas desigualdades es, por lo tanto, descalificada como "antinatural" y contraria a la "libertad" individual.

Esta concepción tiene una consecuencia política directa: la promoción de un Estado mínimo en lo social (educación, salud, servicios públicos, seguridad social) pero hipertrofiado en su dimensión coercitiva. No obstante, esta afirmación debe analizarse con precisión frente a la evidencia fáctica. La promesa de un "Estado mínimo" -consigna electoral con la que suelen acceder al poder- rara vez se traduce en una reducción simple

del gasto público. Por el contrario, lo que se observa es una reorientación de las prioridades fiscales. El gasto en deuda pública —a menudo utilizado para rescatar al sector financiero— o el gasto militar —que en contextos como el estadounidense funciona como una política keynesiana de estímulo para sectores estratégicos— se ha mantenido o incluso aumentado. La clave reside en que, mientras se debilita la provisión social universal se fortalece el aparato coercitivo que custodia el nuevo *statu quo*.

Asimismo, es importante evitar una visión simplista que presente a este proyecto como la expresión directa y unificada de "los" capitalistas. La realidad es considerablemente más compleja y varía según las condiciones nacionales, el poder de cada país y su inserción geopolítica. El proyecto de la extrema derecha se alía con fracciones específicas del capital —frecuentemente sectores nacionalistas, extractivistas o amenazados por la globalización— y entra en abierto conflicto con otras, como el capital financiero globalizado. Como mencionamos anteriormente depende del contexto de cada país.

La función del Estado, en este escenario, no es la de un mero ejecutor de una voluntad capitalista homogénea, sino la de un campo de batalla y un instrumento de hegemonía para la fracción dominante dentro de la coalición de gobierno. Esto explica las tensiones y contradicciones palpables, donde las políticas impulsadas chocan con intereses empresariales establecidos, revelando que el "blindaje de las jerarquías" no es un proceso automático, sino el resultado de una lucha política constante al interior mismo de las clases dominantes.

La eficacia de este proyecto para imponerse a pesar de sus costos sociales reside en la articulación de un andamiaje ideológico que, si bien comparte un sustrato común, se manifiesta con rasgos distintivos según el contexto nacional. La legitimación del líder puede adoptar diversas formas: mientras Javier Milei en Argentina se presenta como un emisario divino, Donald Trump en Estados Unidos encarna la figura del *strongman* o hombre fuerte que promete restaurar un orden pretérito mediante la fuerza de su voluntad personal, y Nayib Bukele en El Salvador construye su imagen como el técnico eficiente y autoritario, un gerente despótico de la seguridad que suspende garantías democráticas en nombre de la eficacia. En el caso europeo, Giorgia Meloni en Italia ha logrado un equilibrio peculiar, matizando su pasado fascista con un discurso nacionalista y de defensa de la "civilización cristiana" que le otorga respetabilidad.

Centrándonos en el caso argentino, el imaginario místico-religioso de Milei potencia su marco hobbesiano hasta radicalizarlo. Si Hobbes concebía al Leviatán como un "Dios

mortal" cuya legitimidad emanaba de un contrato social, Milei se presenta directamente como un representante divino, suprimiendo toda mediación contractual. Como analiza González (2024), lejos de ser una mera metáfora, la convicción del presidente y su círculo íntimo de actuar en cumplimiento de una "misión divina" encomendada por "el Uno" o "las Fuerzas del Cielo" opera como el sustrato fundamental que dota de sentido a su proyecto. Esta "misión" funciona como una versión extrema de la soberanía absoluta, donde la legitimidad ya no deriva del consentimiento ciudadano (o el supuesto "pacto social"), sino de una revelación trascendente.

Esta fundamentación mistificada transforma la política en una lucha maniquea y escatológica, donde el líder asume un rol mesiánico. El efecto político inmediato es la naturalización del "sacrificio" económico: las políticas de ajuste no son presentadas como elecciones ideológicas, sino como un tránsito necesario por el "desierto" —en clara alusión al Éxodo bíblico— hacia un "paraíso" prometido. Así, el sufrimiento social se vuelve un mandato divino inapelable. Simultáneamente, esta lógica anula el disenso legítimo: los opositores dejan de ser adversarios políticos para ser estigmatizados como agentes del "mal" en una guerra espiritual de dimensiones cósmicas.

Esta lógica maniquea se potencia, en el caso de Milei, con lo que el filósofo Carbone (2024) identifica como "fascismo psicotizante". Esta dimensión performativo-mediática opera mediante una teatralidad constante diseñada para "escindir la comprensión de los ciudadanos respecto de las acciones políticas reales". Un flujo incesante de gestos exagerados, conflictos espectacularizados y discursos altisonantes crea un *show* permanente que funciona como cortina de humo, ocultando el desmantelamiento estatal e impidiendo la deliberación racional. La teatralidad virtual no es mero espectáculo, sino el mecanismo que naturaliza la contradicción central del proyecto: mientras se oculta el vaciamiento del Estado social, se ejerce una amenaza permanente de violencia (virtual y material) para disciplinar a la resistencia.

Carbone señala que la teatralidad es ante todo virtual y se despliega en redes sociales para construir una realidad alternativa. No obstante, este poder simbólico se materializa de inmediato en la represión callejera: "ese poder de las redes sociales es el que luego se transforma en materialidad en un policía que tiene un palo, un gas y te lo pega en la cabeza". Este "doble poder permanente", que escenifica y a la vez ejerce un terror constante, es fundamental para erosionar el lazo social y el sentido de realidad compartida,

caracterizándose por su poder de destrucción tanática y su negación absoluta del otro como interlocutor válido.

En definitiva, el proyecto de la extrema derecha contemporánea se consolida como una amenaza singular a la democracia a través de la articulación de un dispositivo de poder tripartito. La dimensión antropológico-política (que naturaliza la competencia y la desigualdad) proporciona su base justificatoria aparentemente racional; la dimensión místico-religiosa o identitaria (ya sea mesiánica, nacionalista o civilizatoria) le confiere una legitimación trascendente e incuestionable; y la dimensión performativo-mediática (el "espectáculo" permanente) actúa como el mecanismo de implementación, erosionando el lazo social y el espacio para la deliberación racional. Es en la sinergia de estos tres niveles, adaptados a las particularidades de cada contexto nacional, donde este proyecto encuentra su fuerza y su capacidad para desarticular alternativas.

LA CIENCIA COMO CAMPO DE BATALLA

El segundo eje de análisis se centra en cómo los movimientos de extrema derecha vuelven a colocar a la ciencia en un terreno de disputa política. No se trata solo de debates intelectuales, sino de una estrategia deliberada para legitimar políticas excluyentes. Estos grupos buscan crear marcos interpretativos que, aparentando rigor científico, presentan la desigualdad y la exclusión como fenómenos naturales e inevitables. Como señala Gramsci (1984), el poder no se sostiene únicamente por la fuerza estatal, sino que requiere también consenso y hegemonía cultural. Por eso resulta fundamental esta "batalla cultural" que incluye redefinir qué se considera conocimiento válido, qué temas merecen ser investigados y cuáles son los enfoques interpretativos legítimos.

Esta disputa por el control del conocimiento se articula mediante tres estrategias que, aunque complementarias, operan de maneras distintas. La primera consiste en generar marcos pseudocientíficos a través de teorías conspirativas y explicaciones biologicistas que reinterpretan datos reales para sostener narrativas/políticas discriminatorias. La segunda busca desacreditar de forma *selectiva* a la estructura científica contemporánea, caracterizándola como contaminada por sesgos ideológicos o simplemente negando las evidencias que contradicen sus objetivos políticos. La tercera, y más fundamental, aplica una óptica darwinista social que subordina las pruebas científicas a una interpretación que naturaliza las desigualdades, presentándolas como resultado de jerarquías "innatas" o del "mérito individual". En su expresión más radical, esta visión puede derivar en propuestas

abiertamente eugenésicas (Lyons, 2017), donde la intervención sobre la población se justifica bajo el pretexto de un "mejoramiento" biológico y social.

LA PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO ALTERNATIVO

Para entender cómo la extrema derecha construye marcos pseudocientíficos, vale la pena comenzar por una historia aparentemente menor. En 2011, un escritor francés llamado Renaud Camus publicó un pequeño libro titulado *Le Grand Remplacement*. El texto, que inicialmente circuló en círculos restringidos, contenía una idea que pronto cruzaría fronteras: Europa estaba siendo objeto de un plan secreto para reemplazar su población nativa. Esta teoría ha encontrado eco en figuras globales como Elon Musk, quien no solo ha difundido la idea del "gran reemplazo" en sus redes sociales, sino que la ha llevado a la práctica personal: con 11 hijos, Musk encarna la respuesta pronatalista que la extrema derecha promueve como antídoto contra lo que percibe como una "sustitución racial" impulsada por élites globalistas.

Renaud Camus no era demógrafo ni sociólogo. Era un novelista con inquietudes políticas que había encontrado en las estadísticas migratorias algo parecido a una revelación. Tomó datos reales —la disminución de la natalidad europea, el envejecimiento poblacional, los flujos migratorios— y los reinterpretó. Lo que para los demógrafos eran fenómenos complejos con múltiples causas, para este autor se convertía en evidencia de una conspiración. La historia podría haber quedado allí, en los márgenes de la literatura francesa, pero no fue así. La idea de Renaud Camus comenzó a circular, a traducirse, a adaptarse a distintos contextos nacionales. En pocos años, "El Gran Reemplazo" se había convertido en una teoría con pretensiones científicas que explicaba desde la violencia urbana hasta las políticas de inmigración.

Este método de apropiarse de datos reales para reinterpretarlos bajo una lógica conspirativa va más allá de la demografía. Mientras la teoría del gran reemplazo ganaba terreno, en otro rincón de internet se gestaba un experimento similar aplicado al género y las relaciones sociales. En los foros de la manósfera —esa constelación de espacios virtuales donde se agrupan comunidades de hombres que se autodefinen como 'célibes involuntarios'— entre discusiones sobre técnicas de seducción y denuncias contra el feminismo, allí se fue configurando una nueva 'ciencia del género': un sistema interpretativo que presenta a la misoginia como conocimiento objetivo, respaldado por supuestas diferencias biológicas "naturales" (Ging, 2019). Este marco de pensamiento no se produce en el aire, sino que tiene raíces históricas profundas, que van desde la filosofía griega hasta

cierta ciencia moderna que caracterizó a la mujer como un ser incompleto o defectuoso (Hadid y Belardo, 2017). Sus adeptos toman conceptos de la biología evolutiva —selección sexual, dimorfismo, estrategias reproductivas— y los descontextualizan para construir teorías sobre por qué las mujeres "naturalmente" prefieren cierto tipo de hombres. Por ejemplo, utilizan estudios sobre preferencias femeninas durante el ciclo ovulatorio para argumentar que todas las mujeres, inevitablemente, buscan hombres "alfa" —dominantes, agresivos, económicamente exitosos— rechazando a los hombres "beta" que ofrecen estabilidad emocional. Esta "hipergamia femenina", según sus teorías, explica desde las tasas de divorcio hasta la violencia doméstica como fenómenos "naturales" que el feminismo intenta suprimir artificialmente. Bajo esta lógica, el feminismo no es una lucha política legítima sino una "ideología antinatural" que contradice las leyes biológicas fundamentales.

Estos dos marcos pseudocientíficos —el "gran reemplazo" y la "ciencia de género" de la manófera— coinciden en algo fundamental: reinterpretar los fenómenos demográficos contemporáneos. La disminución de la natalidad en Occidente —que para la demografía resulta de factores múltiples como la urbanización, el acceso a la educación, los cambios económicos y las transformaciones culturales— se interpreta de manera simplista y tendenciosa. Para la extrema derecha es el efecto directo del feminismo, vinculado causalmente al aborto y a la disolución de la familia tradicional. Esta conexión artificial permite presentar las políticas restrictivas sobre derechos reproductivos no como control patriarcal sino como defensa científica de la supervivencia civilizatoria contra una "ideología antinatural" que conduce al suicidio demográfico.

La pseudociencia de género pronto encontró una expresión política refinada en figuras como Giorgia Meloni, capaz de articular una síntesis singular: un liderazgo fuerte combinado con valores tradicionales que colocan a la maternidad y la familia en el centro de la nación, presentándolo como la 'verdadera' emancipación femenina. Su célebre discurso de 2019 —'Soy Giorgia, soy mujer, soy madre, soy italiana, soy cristiana'— condensa un proyecto que redefine la emancipación en términos compatibles con el orden patriarcal: trabajo y reproducción. Las mujeres pueden participar en la vida pública y económica siempre que no cuestionen las estructuras de poder y cumplan su función reproductiva fundamental. Bajo esta lógica, las restricciones a los derechos reproductivos se presentan como defensa de la auténtica feminidad frente a la 'ideología de género'. La narrativa —según la cual las mujeres ya estaríamos empoderadas y podemos salir adelante por nuestros méritos— oculta cómo sus políticas subordinan la salud reproductiva

femenina a imperativos demográficos nacionalistas, configurando una forma contemporánea de eugenesia.

El caso italiano, sin embargo, revela las contradicciones inherentes a este proyecto. Mientras Meloni proclama la necesidad de controlar la 'reproducción entre razas', su gobierno se ve obligado a otorgar hasta 450.000 permisos de trabajo a migrantes, una mano de obra indispensable para un capitalismo contemporáneo que se sustenta en la precarización y la rebaja salarial. En este acto se expone la tensión fundamental: la extrema derecha necesita simultáneamente alimentar la fantasía de pureza racial y satisfacer las demandas materiales de un sistema económico que depende de la fuerza laboral migrante que su propio relato demoniza. La operación se sostiene, así, en un frágil equilibrio entre un fundamentalismo pseudocientífico y las pragmáticas exigencias del mercado que dicho fundamentalismo niega.

LA DESLEGITIMACIÓN SELECTIVA DE LA CIENCIA

El segundo mecanismo merece plena atención por su sofisticación conceptual y eficacia política. Su genealogía se remonta a una operación hegemónica, al decir de Gramsci, gestada en los pasillos del Vaticano durante los años 1990. Mientras los organismos internacionales preparaban las conferencias del Cairo (1994) y Beijing (1995) sobre población y derechos de las mujeres respectivamente, la jerarquía católica convocaba a "especialistas" para desarrollar una contraofensiva doctrinal que trascendería el ámbito religioso.

De estas reuniones surgió el concepto de "ideología de género", una categoría que no existía en la literatura académica pero que pronto circularía globalmente como si fuera un término científico establecido. No se trata de negar la autoridad de la ciencia en general — lo cual sería difícil en sociedades modernas—, sino de establecer una distinción entre "ciencia objetiva" —aquella que confirma el orden establecido— y "pseudociencia ideológica" —aquella que lo cuestiona.

Esta matriz discursiva se hibridó con conceptos provenientes de la *nouvelle droite* francesa, particularmente la noción de "marxismo cultural" desarrollada por Alain de Benoist y posteriormente popularizada por la derecha estadounidense. El resultado es la descalificación automática: cualquier investigación sobre desigualdad, diversidad o justicia social se transforma en "propaganda política" independientemente de su rigor metodológico, evidencia empírica acumulada o reconocimiento académico. Los estudios

de género, la sociología de la desigualdad, la antropología cultural, la epidemiología social o las investigaciones sobre cambio climático son recodificados como "marxismo cultural" o "adoctrinamiento ideológico". Esta operación no constituye un error de interpretación, sino una estrategia deliberada de demarcación epistémica que determina qué conocimientos puede ser considerados legítimos y cuáles deben ser excluidos del debate público.

La aplicación práctica de esta lógica se materializó de forma concreta durante el gobierno de Jair Bolsonaro, cuando se eliminaron las referencias al género del Plan Nacional de Educación. Esta alteración curricular, que afectó la formación de millones de estudiantes, fue justificada bajo el falaz argumento de "despolitizar" la enseñanza. La censura escaló en 2019, cuando el gobernador de São Paulo ordenó el retiro de 330.000 publicaciones científicas de la red estatal por abordar la identidad de género. Esta purga masiva fue presentada cínicamente como una "defensa de la objetividad científica", poniendo en evidencia el mecanismo central de esta estrategia: la inversión retórica. Así, la politización más burda se enmascara como neutralidad, y la censura más explícita se proclama como defensa de la libertad académica.

La gestión de la pandemia de COVID19 por parte de la extrema derecha demostró que su postura no puede caracterizarse simplemente como "negacionista". Por el contrario, lo que se observa es una subordinación estratégica de la autoridad epistémica a criterios políticos. Lejos de rechazar frontalmente la ciencia, estos movimientos toman aquellos datos o voces expertas que legitiman su agenda, al tiempo que desacreditan o silencian las que la contradicen. Los siguientes ejemplos ilustran esta estrategia, que desmiente una interpretación simplista de negacionismo.

Trump minimizaba la gravedad del virus y promovía tratamientos sin base científica cuando esto servía para evitar restricciones económicas, pero simultáneamente movilizaba recursos masivos para el desarrollo de vacunas a través de la Operation Warp Speed cuando esto beneficiaba a la industria farmacéutica y su imagen electoral. De manera similar, Bolsonaro caracterizó la pandemia como una "gripecita" y atacó sistemáticamente las medidas de distanciamiento social, mientras su gobierno mantenía programas de vigilancia epidemiológica en otras áreas sanitarias que no requerían restricciones económicas significativas. Otro ejemplo de esta reorientación política del conocimiento se observa en la designación de Robert F. Kennedy Jr. como secretario de Salud y Servicios Humanos de Estados Unidos, bajo la segunda presidencia de Donald Trump (The White House, 2024). Conocido referente del movimiento antivacunas —cuyas afirmaciones han

sido sistemáticamente refutadas por la comunidad científica—, su nombramiento no expresa un simple negacionismo, sino la instrumentalización de la controversia: al otorgar estatus oficial a teorías marginales, la administración busca debilitar la autoridad de agencias como los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC) y la Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA), consideradas pilares de un “establishment” científico adverso a su agenda. Esta estrategia se articula con medidas concretas —como los recortes presupuestarios al CDC o la notificación de retirada de EE. UU. de la Organización Mundial de la Salud (OMS)— que responden a un mismo proyecto: vaciar de legitimidad a las entidades de salud pública y someterlas a la lógica del poder ejecutivo, estableciendo un mecanismo de chantaje institucional donde prima la obediencia política. Esta instrumentalización permite resolver aparentes contradicciones: se valida la autoridad científica cuando respalda políticas favorables al mercado (por ejemplo, la agilización de aprobaciones) y se la descarta cuando exige intervención estatal o redistribución de recursos.

Esta misma lógica instrumental se extiende a la apropiación selectiva del lenguaje científico-médico en el discurso político. Al tiempo que descalifican a la ciencia cuando requiere restricciones económicas, estos movimientos se apropian de metáforas médicas para despolitizar sus propias decisiones autoritarias. La convergencia retórica es sistemática: Javier Milei sostiene que “el socialismo es una enfermedad mental” y se presenta como “el antídoto contra la casta”. Bolsonaro declaraba que “el marxismo es un virus peor que el coronavirus”. Nayib Bukele afirma estar aplicando “quimioterapia a El Salvador” para combatir la “metástasis” de la delincuencia. Viktor Orbán describe la migración como una “epidemia” que requiere “inmunización” social (Sontag, 1996).

Esta operación tiene la misma lógica: mientras rechazan el conocimiento científico-epidemiológico que los incomoda, se apropian de su autoridad simbólica para presentar medidas político-ideológicas como “tratamientos” técnicamente necesarios. El lenguaje médico-científico se convierte así en otro recurso *selectivamente* movilizado para legitimar decisiones que, de otro modo, aparecerían como puramente autoritarias.

La deslegitimación selectiva se consolida, así como una lógica coherente que opera mediante criterios políticos específicos: se aceptan y promueven aquellos conocimientos que legitiman políticas de mercado, naturalizan jerarquías sociales existentes o facilitan el control poblacional; se rechaza todo aquello que requiera intervención estatal redistributiva, regulación del capital privado o reconocimiento de derechos colectivos expandidos.

De esta manera, la extrema derecha se presenta como defensora de la "verdadera ciencia" mientras descalifica los conocimientos que contradicen su proyecto político. La autoridad epistémica queda así completamente subordinada a imperativos políticos, pero de manera selectiva y estratégica, manteniendo la apariencia de respeto por la objetividad científica.

DARWINISMO SOCIAL Y EUGENESIA

En 2023, el diputado Javier Milei —que luego se convertiría en presidente— votó en contra de una ley destinada a detectar cardiopatías congénitas en recién nacidos. Su argumento fue categórico: el Estado no debe intervenir. Detrás de esta lógica está lo que podríamos denominar una nueva forma de darwinismo social sanitario. No se trata de las eugenesis explícitas del siglo XX, con sus programas de esterilización forzada y teorías raciales declaradas. La eugenesia contemporánea construye sistemáticamente obstáculos que convierten el acceso a la salud en una carrera de supervivencia donde solo los más "aptos" —léase, los más pudientes— logran cruzar la meta. Cuando funcionarios públicos cuestionan las exenciones económicas para personas con discapacidad preguntando "¿por qué yo tengo que pagar peaje y vos no?", no formulan una pregunta retórica sobre distribución fiscal sino que articulan una visión del mundo donde la desigualdad no es un problema a resolver, sino una expresión natural del mérito individual. En esta lógica, la mortalidad evitable deja de ser un indicador de fracaso de políticas públicas para convertirse en evidencia de una selección natural en la que el Estado no debe interferir.

Esta nueva eugenesia (Miranda y Vallejos, 2005) opera a través de lo que podemos llamar "exclusión voluntaria": cuando una embarazada no accede a controles prenatales porque su seguro de salud no los cubre, cuando una persona migrante evita el hospital por temor a la deportación, o cuando alguien de la comunidad LGBTI+ no busca atención médica por discriminación institucional, estas "muertes evitables" aparecen como resultado de decisiones personales antes que como producto de políticas deliberadas. El caso argentino bajo Milei representa una modalidad particular de esta lógica que podríamos denominar eugenesia económica: en un modelo económico primarizado donde vastos segmentos poblacionales se vuelven estructuralmente "sobrantes", el Estado no busca integrar estas poblaciones sino administrarlas como un costo que debe minimizarse.

El caso brasileño bajo la administración de Bolsonaro ejemplifica esta dinámica con particular claridad. Como han documentado analistas locales, el desmantelamiento de las políticas sociales —especialmente del Sistema Único de Salud (SUS)— no respondió a una mera racionalización fiscal, sino que constituyó un proyecto ideológico deliberado. Una

de sus expresiones más contundentes fue la ruptura del programa *Mais Médicos*: bajo el pretexto de una "conspiración marxista" y utilizando narrativas de derechos humanos de forma instrumental, el gobierno de Bolsonaro impuso condiciones que forzaron la salida de más de 8,000 médicos cubanos que atendían a millones de personas en las regiones más vulnerables del país. Esta acción, presentada como una lucha ideológica, operó como un mecanismo de selección necropolítica al privar deliberadamente de atención primaria a poblaciones enteras, demarcándolas como sacrificables. Este proyecto operó en dos frentes complementarios: la desestructuración técnica del Ministerio de Salud y la implementación de una agenda ultraconservadora dirigida contra poblaciones vulnerables. Así, medidas como el desmonte de la Política Nacional de sida y la promoción de "comunidades terapéuticas" religiosas por encima de tratamientos científicos de salud mental no fueron meros efectos colaterales, sino componentes centrales de una estrategia que buscaba redefinir activamente quién merece recibir cuidado por parte del Estado.

Esta lógica, evidente en el desmantelamiento del *Mais Médicos* y en la gestión pandémica de Trump —donde la judicialización de la salud pública seleccionó implícitamente qué grupos sociales soportarían la mayor carga—, demuestra que la delimitación puede operar mediante violencia explícita o, de modo más sutil, a través de la exposición sistemática a la miseria, el hambre y la exclusión. En el ámbito sanitario, esta lógica se materializa cuando se erigen falsas dicotomías, como la que opone economía a salud pública, una retórica que implícitamente selecciona qué grupos sociales pueden ser sacrificados en aras de preservar determinados objetivos políticos o económicos.

La necropolítica sanitaria requiere, en términos gramscianos, la construcción de una hegemonía cultural que naturalice la exclusión como resultado legítimo de diferencias individuales. La meritocracia opera como dispositivo ideológico central, transformando las desigualdades sanitarias en expresión del "esfuerzo personal" y la "responsabilidad individual." La operación es completa: la producción sistemática de la muerte queda enmarcada como resultado natural de elecciones individuales, absolviendo al poder soberano de su responsabilidad. El Estado no mata; simplemente "permite que la naturaleza siga su curso."

REFLEXIONES FINALES

El recorrido analizado revela que está en curso una transformación profunda y alarmante: la naturalización de la exclusión sanitaria como resultado de un orden "natural", donde la muerte evitable se enmarca como fracaso individual. Sin embargo, es fundamental

subrayar que este proceso no es inexorable ni está acabado; por el contrario, es el centro de una disputa política y cultural.

Este proyecto hegemónico ha logrado correr el arco político: empuja a la derecha tradicional a adoptar posturas que hace décadas habrían sido políticamente suicidas y fuerza a una socialdemocracia —ya desgastada por su deriva neoliberal— a abandonar sus principios fundacionales. El objetivo es claro: instalar la supervivencia individual como un sentido común aparentemente sin escapatoria.

Pero precisamente porque es una construcción, puede y debe ser impugnada. Frente a la lógica necropolítica que produce sistemáticamente poblaciones "sobrantes", surge la resistencia que reclama la salud como un derecho universal y una responsabilidad colectiva. La crueldad de estas políticas no solo genera sufrimiento, sino que produce a sus propios "sepultureros": cada comunidad que se organiza frente al abandono, cada demanda de cuidado mutuo y cada red de apoyo son actos concretos que, disputan el sentido de la vida en común.

La batalla no está perdida, sino que se produce día a día. Comprender los mecanismos de esta exclusión no es un ejercicio de pesimismo, sino la condición necesaria para imaginar y construir alternativas que pongan la vida en el centro. El camino a seguir exige recuperar la solidaridad no como una nostalgia, sino como el principio ético de un pueblo decidido a defender su derecho a existir.

Bibliografía

ARCE, H. E. (2010). *El sistema de salud: de dónde viene y hacia dónde va* (1ª ed.). Prometeo Libros.

ARENDT, H. (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza Editorial.

BUTLER, J. (2020). El capitalismo tiene sus límites. En P. Amadeo (Comp.), *Sopa de Wuhan* 1.a ed., pp. 59-67. ASPO.

CAMUS, R. (2011). *Le grand remplacement*. Éditions David Reinhard.

CARBONE, R. (2024). *Lanzallamas: Milei y el fascismo psicotizante*. Editorial Sudamericana.

DELLE DONNE, F. (Guionista, locutor, & editor), Gil Benito, R. (Comunicación), & Rombo Podcast (Productor). (2021, mayo 5). *Epidemia ultra. Conceptos: La provocación estratégica. La herramienta más eficiente de las derechas radicales* [Podcast]. Spotify.

FORTI, S. (2021). *Extrema derecha 2.0: Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI Editores.

FRASER, N. (2019). *The old is dying and the new cannot be born: From progressive neoliberalism to Trump and beyond* [Kindle edition]. Verso.
<https://www.amazon.com/dp/B07P8YPFH6>

GING, D. (2019). Alphas, betas, and incels: Theorizing the masculinities of the manosphere. *Men and Masculinities*, 22(4), 638-657. <https://doi.org/10.1177/1097184X17706401>

GONZÁLEZ, J. L. (2025). *Las fuerzas del cielo*. Editorial Planeta.

GRAMSCI, A. (1984). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión.

HADID, L., & Belardo, M. (2021). Determinación sexual: ¿cómo estructura la biomedicina contemporánea su discurso sobre la génesis de la diferencia? Un estudio con foco en Argentina. *Feminismo/s*, (38), 303-325. <https://doi.org/10.14198/fem.2021.38.13>

HERNÁNDEZ M. El enfoque sociopolítico para el análisis de las reformas sanitarias en América Latina. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 19 (1), enero-junio, 2001: 57-70.

HOBBS, T. (2017). *Leviatán* (A. L. Gallego, Trad.). Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1651).

LAURELL, A. C., Briceño-León, R., Minayo, M. C. S., & Coimbra Jr., C. E. A. (2000). Globalización, políticas neoliberales y salud. En *Salud y equidad: una mirada desde las ciencias sociales* (pp. 73–84). Buenos Aires: Lugar Editorial / OPS.

LOBATO, L. de V. C. (2024). Direito Universal à Saúde no Brasil: da expansão restringida ao desmonte. In S. Fleury (Ed.), *Cidadania em Perigo: Desmonte das Políticas Sociais e Desdemocratização no Brasil*. Edições Livres, Cebes. <https://doi.org/10.29397/EdicoesLivres-Cebes/0100>

LYONS, M. N. (2017). *Ctrl-Alt-Delete: An Antifascist Report on the Alternative Right*. Kersplebedeb.

MBEMBE, A. (2011). *Necropolítica* (E. Falomir Archambault, Trad.). Editorial Melusina.

MIRANDA, M., & VALLEJO, G. (Eds.). (2005). *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*. Siglo XXI Editores.

O GLOBO. (2020, 20 de marzo). *Bolsonaro volta a minimizar pandemia e chama Covid-19 de “gripezinha”*. <https://oglobo.globo.com/politica/bolsonaro-volta-minimizar-pandemia-chama-covid-19-de-gripezinha-1-24319177>

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD. (1978). *Declaración de Alma-Ata*. Conferencia Internacional sobre Atención Primaria de Salud.

PERFIL. (2022, 30 de noviembre). *“Implica más gastos”: la insensibilidad de Milei ante la ley para tratar cardiopatías congénitas en recién nacidos*. <https://www.perfil.com/noticias/politica/implica-mas-gastos-la-insensibilidad-de-milei-ante-la-ley-para-tratar-cardiopatias-congenitas-en-recien-nacidos.phtml>

SONTAG, S. (1996). *La enfermedad y sus metáforas*. Taurus.

THE NEW YORK TIMES. (2020, 23 de marzo). *Trump Says Coronavirus Cure Cannot ‘Be Worse Than the Problem Itself’* <https://www.nytimes.com/2020/03/23/us/politics/trump-coronavirus-restrictions.html>

THE WHITE HOUSE. (2024, 14 de noviembre). President Donald J. Trump announces key administration appointments [Comunicado de prensa]. <https://www.whitehouse.gov/>

TRAVERSO, Enzo (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.